

Una historia de verano

Borja Márquez Domínguez



Capítulo 1

Allí estaba ella, feliz, sonriente, eléctrica, con una copa de vino en la mano y un fino vestido amarillo que me dejaba ver sus largas piernas, el mismo vestido con el que me había deleitado tantas noches mientras la miraba bailar, a veces para mi, a veces para ella misma. El pelo, bañado por los reflejos de la luna, se mecía bajo la brisa del mar en esa noche de verano. Nada me apetecía más que el calor de sus labios, y tras darle las buenas noches, pase mi brazo por su cintura a la vez que nos besábamos largamente, fue un beso húmedo y cálido, un beso de "buenas noches mi amor, bienvenido a casa".

Cada noche a su lado era un regalo, un divertido regalo donde se mezclaban sonrisas, bromas, picaras miradas y divertidas insinuaciones. ¿La cena? Incapaz de recordarla, pues en lo único que pensaba era en que ella fuera mi postre. Recogimos la mesa y nos acomodamos en el del jardín contemplando aquel cielo. Había tantas estrellas como pocas luces alrededor, pues tener esa casa a las afueras nos permitía tanta intimidad como quisiéramos... y queríamos. Los sillones, enfrentados uno al otro, me permitían ver el brillo de sus ojos cada vez que me miraba, no se si era el vino o si era la compañía, pero me juraba a mi mismo que se iluminaban más sus ojos cuando me observaba a mi que cuando se fijaba en el cielo y la sonrisa que me regalaba provocaba que se iluminara todo mi mundo.

Con la mano que no sujetaba la copa, mi derecha, no podía dejar de acariciarle la pierna, la cual era atlética, tersa, trabajada en tantas horas de gimnasio y salir a correr al alba por el paseo marítimo y cada vez que me incorporaba ella hacia lo mismo, acercando sus dulces labios a los míos, dulces por el vino,,, pero mas dulces por el cálido sabor que siempre desprendía su cuerpo. Esa vez, mi boca no quiso frenar y mis manos como la mayoría de esas noches de verano. Estaba loco por investigar.

– "Despacio, lentamente, sin prisa, que ella lo desee mas que tú".

Mi mente era un hervidero de pensamientos con el único objetivo de conseguir que sintiera el mayor de los placeres, Su gozo era mi particular fin. Mientras seguimos besándonos mis dedos se deslizaban acariciando su pierna, cada vez menos hacia su rodilla, cada vez más hacia su ingle. Nunca dejo de besarme, nunca mostró otra intención diferente a la mía, y guiada por mis dedos se dejó llevar.

Le aparté la copa y junto con la mía las deje en la mesa, en ese momento ya no era lo mas húmedo que teníamos en las manos ni el líquido que queríamos beber. Sin dejar de besarnos deslicé su fino tanga negro apretando firmemente sus muslos, deslizándolas hasta llegar a sus tobillos

para luego con delicadeza quitárselo de ambas piernas levantando sus pies agarrando sus delicados tobillos. Lentamente, y sin dejar de besarnos deslicé mi mano derecha entre sus piernas, no la deje tocarme ni acariciarme, el disfrute no era de ella, el disfrute era todo mío. Mis dedos, delicados a la vez que firmes, penetraban en lo más profundo de ella.

Durante varios minutos se mezclaron fogosos besos con agradables mordiscos en los labios, todo ello entrecortado con leves gemidos de placer. Cuando dejó de besarme para apoyar su cabeza contra mi hombro sabía que estaba disfrutando, mis dedos eran expertos en su cuerpo, sabían donde acariciar, donde presionar, y rozando las paredes de sus labios presionaban la parte superior de la entrada a su cuerpo mientras acariciaba la punta de su iceberg. Lejos de dejarse llevar, entrelazó sus dedos con los míos y me guió. Me guió en movimiento, velocidad y tiempos, recorriendo juntos su cuerpo semidesnudo.

Su otra mano la deslizó detrás de mi cuello y volvió a besarme, pero esta vez tan fogosos que podría abrasado el más tranquilo de los cielos. No me besaba, se peleaba con mi boca, pues era el último reducto que la separaba de mi alma la cual acariciaba con la punta de su lengua. Mientras nos comíamos a besos nuestros dedos entrelazados ahondaban en la profundidad de su cuerpo pero ya no entraban y salían, estaban dentro, fijos, navegando en la mas brava de las tormentas, apretándoselas contra su cuerpo mientras que los dos juntos masajéabamos su inflamado clítoris.

Por primera vez en la noche, dejé de besarla y susurrando al oído la pedí que se corriera. – “Córrete para mi”, le dije y mientras la besaba en el cuello la sentí vibrar, la oí gemir y note como sus dedos me apretaban la mano como si fueran serpientes ante su presa ya cazada. Tras unos instantes en los que recuperaba la respiración mientras la besaba en el hombro se separo levemente y entre mordiscos me dijo: No creas que esto ha terminado...

Capítulo 2

Cuando se despertó por la mañana seguía oliendo a él. Sus manos, le acariciaban la memoria del mismo modo que anoche lo hicieron sobre su cuerpo, y con la misma sonrisa con la que se levanta una quinceañera después del primer beso, se dirigió a la cocina para prepararse un buen desayuno. Aunque pronto se dio cuenta de que ese no iba a ser uno de tantos días.

Hoy no trabajaba y apoyada en la encimera mientras pensaba cómo aprovechar la mañana, se percató de que no dejaba de pensar en la noche anterior. Había disfrutado tanto, que permanecía en un continuo estado de excitación donde su mente no hacía más que imaginarse situaciones, algunas vividas y otras deseadas, en cada dependencia de su casa.

Cuando sonó el teléfono y él le dijo que hoy no iría a comer, ella ya sólo tenía una idea en mente.... "Es mi oportunidad", se dijo a sí misma, mientras la sonrisa se transformaba en una tan pícaro que hubiera sonrojado al más experimentado de los amantes. E igual que anoche, tras correrse mientras él la masturbaba, repitió en voz alta "No creas que esto ha terminado", y subió a disfrutar de un cálido baño. Aunque eso no iba a ser ni lo más caliente ni lo más húmedo que iba a suceder ese día.

Lentamente se preparó, eligió su ropa interior, su maquillaje, sus zapatos, sus complementos y se dispuso a salir de casa mientras repasaba su plan mentalmente. Sabía que a las 14:00 la clínica se cerraba y permanecía así hasta las 17:00. "Tiempo suficiente" pensó.

Sabía que la clínica estaría cerrada y aunque tenía llaves prefirió llamar al timbre pues así comenzaba su juego. Tuvo que llamar 3 ó 4 veces hasta que vio que a lo lejos se habría una puerta y se acercaba alguien diciendo desde lejos "¡Está cerrado! Abrimos a las 5". Sintió un pequeño escalofrío al verle acercarse, sus tripas se removían por dentro mezcla de deseo y de nervios.

-¿Qué haces aquí? ¡menuda sorpresa! – le dijo él mientras abría la puerta y se acercaba a darle un beso, pero continuó de largo sin mediar palabra y avanzó rápidamente hacia el que sabía que era su despacho. Ellos eran los dueños de la clínica veterinaria por lo que sabía que, salvo los animales ingresados, no había nadie más a esas horas. Cuando él llegó, la vio apoyada en la mesa de su despacho e insistió en preguntarle por la visita, pero ella nunca respondió, sino que le agarró por la bata y le apretó contra ella mientras le besaba y le guiaba hacia un pequeño sillón que tenía colocado al fondo del despacho.

Quería vengarse. Quería jugar con su cuerpo como él lo hizo la noche

anterior y no iba a permitir que le fastidiara sus planes. Sabía que le gustaba manejar la situación y que si entraban en esa excitante batalla ella saldría perdiendo y terminaría dejándose llevar por el placer que tantas veces él le había provocado, por lo que había venido preparada.

Cuando le sentó en el sofá ella permaneció unos instantes de pie mientras sensualmente se levantaba la falda negra de tubo con la que se había vestido y le dejaba ver su conjunto de lencería de encaje negro a juego con el tanga y el liguero. Disfrutaba observando como la miraba, como la deseaba. Y mientras se sentaba encima le recogió las manos por encima de la cabeza poniéndole las esposas que había escondido en su bolso y tapándole los ojos con el pequeño antifaz con el que solían jugar en casa, mientras le susurraba: –Hoy mi juguete eres tú.

Se sentía poderosa manejando la situación, teniendo el control y siendo la dueña de su cuerpo. Le encantaba disfrutar de él. Deslizó su mano derecha por la cabeza y tirando de ella dejó su cuello al descubierto, comenzó a besarle por el cuello y cuando llegó a la altura de la nuez subió hacia su mandíbula. Le encantaba morderle su prominente mandíbula como paso previo a desdibujar sus labios con su boca mientras su lengua se afanaba en unirse con la de él.

Al mismo tiempo se balanceaba rozando su cuerpo contra el suyo, el cual desde hacía algunos minutos le indicaba lo excitado que ya se encontraba pues le notaba la erección debajo de sus pantalones. Mientras sus manos le desabrochaban la camisa su boca las acompañaba besándole su pecho depilado. Durante unos instantes se detuvo para poder lamerle y mordisquearle los pezones con lo que consiguió que se le escapara un pequeño gemido, síntoma de que iba en la buena dirección.

Una vez desabrochada la camisa y retirado el pantalón le incorporó levemente para que le ayudara a desnudarse. Con las manos entremezcladas desabrocharon la falda y la dejaron caer, poco a poco, usando los dedos, soltaron los enganches del liguero y apoyando las piernas una a una sobre sus rodillas notó sus manos firmes mientras se deslizaban quitándole las medias a la vez que ella se desabrochaba el sujetador.

Se colocó frente a él y durante unos instantes le dejó disfrutar. Con sus manos esposadas se afanaba por acariciar sus piernas mientras que la boca se divertía besándola a la altura de su vientre. Cuando se dio cuenta que no tenía prenda alguna sobre su cuerpo, comenzó a bajar deslizando su lengua camino a sus genitales mientras que al mismo tiempo sus manos ya no acariciaban sus piernas, sino que exploraban una parte muy concreta de su cuerpo describiendo pequeños círculos. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al notar como sus dedos la penetraron y comenzaron a masturbarla con suavidad, obligándola a apoyarse en su hombro contraída de placer. Disfrutó de sus caricias varios minutos hasta

que se decidió a tomar de nuevo el control.

-Estate quieto que aquí la que manda soy yo – le recriminó mientras le empujaba hacia el respaldo del sofá para acto seguido empezar a recorrer su cuerpo con su boca: Orejas, cuello, clavícula,,,,, escuchaba como su respiración se aceleraba. Pecho, pezones, ombligo,,,,,, sentía como su corazón casi explotaba.

Cuando comenzó a realizarle sexo oral le escucho gemir, un gemido de placer, un “oh dios” encubierto. Sabía lo mucho que le gustaba que ella se lo hiciera y a ella le encantaba hacérselo. Sus labios le besaban y se apretaban contra su glande mientras que sus manos se deslizaban arriba y abajo por el tronco del pene. Estaba duro, muy duro y caliente, estaba tan húmedo que sus manos se resbalaban mientras se retraía el prepucio y dejaba expuesto completamente el glande.

Comenzó a masturbarle mientras jugueteaba con sus testículos usando la boca. Apoyó las manos sobre sus muslos para utilizar únicamente su boca y lengua, ascendió lamiéndole el pene por completo para después metérselo entero dentro de la boca. Cada vez que lo metía completamente notaba como se tensaba como si fuera a explotar y escuchaba como gemía fuertemente, disfrutaba con ellos del mismo modo que disfrutaba de su sabor, sabor a fuego intenso. Notó como le colocaba las manos sobre la cabeza y la agarraba del pelo. Le encantaban esos gestos de confianza, esos gestos de dominio y sabía que cuando hacía eso, es que no podría aguantar mucho más antes de correrse. Mientras apoyaba sus labios entrecerrados en su glande comenzó a masturbarle más fuerte, más rápidamente, dejándole creer que iba a permitir que terminara tan pronto la aventura, pero nada más alejado de la realidad.

Cuando dejó de realizarle sexo oral y comenzó a besarle, le sintió el corazón y la respiración tan acelerados que supo que si hubiera seguido 2 minutos más, él no habría aguantado y habría terminado eyaculando. Disfrutaba jugando, disfrutaba haciéndole sufrir y mientras que le retiraba las esposas le susurró al oído –“ahora tienes que hacerme el amor tú a mí”. Dejó de besarle y se sentó encima de él dándole la espalda y sin dejarse penetrar todavía. Disfrutaba sintiendo los besos que le estaba regalando por toda su espalda mientras se balanceaba encima suyo notando como se deslizaba su pene entre sus piernas, como si fuera un animal buscando la cueva dentro de la que habitar. Estaba muy excitada, practicarle sexo oral y verle casi correrse la había excitado mucho más de lo que pensaba y quería que la penetrara, necesitaba que la penetrara.

Notaba su pene erecto rozándose entre sus labios mientras ella utilizaba los dedos para apretar la punta contra el clítoris cada vez que el balanceo se lo permitía, en una de los balanceos sintió como se adentraba en ella. “Joder” se le escapó entre los dientes. Mientras él, incorporado, le mordisqueaba la espalda y apretaba sus pechos pellizcándole los pezones,

el leve balanceo se convirtió en otra cosa.

Primero solo la notaba dentro, dura, entera, caliente, tan caliente que en cierto modo quemaba. Después, aumentó el ritmo del movimiento, ella mandaba, ella dominaba, apoyada en sus piernas subía y bajaba el cuerpo metiéndola y sacándola dentro de su cuerpo a través de un movimiento rápido y enérgico.

La notaba dura, inflexible dentro de ella. Le agarró una de sus manos y la colocó entre sus piernas, le encantaba llegar al orgasmo sintiendo su pene y sus dedos al mismo tiempo, por lo que comenzó a acariciarse con ellos a la vez que la penetraba. Sabía que ninguno de los dos iba a aguantar mucho más. Mientras que se seguía moviendo encima de él noto como su cuerpo se oprimía, como sus músculos se encogían para de repente,,,,, explotar. Su cuerpo se había convertido en un volcán, una mezcla de sensaciones propias y extrañas pues él había llegado al límite justo en el mismo momento. Difícil era ya saber quién había disfrutado más, difícil era saber dónde terminaba el cuerpo de uno y comenzaba el del otro. Aun no eran las 17:00 había cumplido con el objetivo.

Capítulo 3

Era lunes por la mañana, en la clínica todavía no había movimiento, por lo que mientras Diego esperaba a sus primeros clientes del día, siempre acompañados de sus peluditos, aprovechaba a revisar la parte más administrativa de su trabajo. Lo cual era a su vez lo que menos le gustaba.

Mientras buscaba su teléfono móvil palpó algo en su bolsillo, una nota sellada con carmín rojo pasión. Carmín que recordaba perfectamente haber saboreado y borrado de sus labios las noches más ardientes junto a Verónica. La nota decía:

Deseo alimentarme de ti, disfrutarte como una fruta madura, dulce y fresca. Disfrutar del jugo de tu cuerpo deslizándose por la comisura de mis labios.

Deseo alimentarme de ti, saborearte como la más rica de las fresas. Llenarme la boca de los frutos más sabrosos de tu cuerpo acelerando cada uno de mis sentidos.

Deseo alimentarme de ti, morderte como la más prohibida de las manzanas. Morderte hasta descubrir cada uno de los pecados que esconde tu alma.

Un escalofrío recorrió su cuerpo mientras una amplia sonrisa se le dibujaba en sus labios.

-Esta noche se avecina tormenta-. Pensó, mientras reconocía el olor de su perfume impregnado en la nota evocando excitantes recuerdos.

El resto del día lo pasó deseando que terminara para poder llegar lo antes posible a casa. Nada más dar las 20:00 cogió el coche y se fue sin realizar parada alguna. Llevaba todo el día deseoso de ella, una sensación de excitación le recorría el cuerpo desde que había leído la nota por la mañana. Y en su cabeza la imagen del cuerpo de Vero desnudo enfrente de él provocada que el corazón bombeara la sangre de una forma más intensa a cada extremidad de su cuerpo.

Diego se tenía por un hombre con suerte. Desde que conoció a Vero, y ya hacía 5 años, nunca había echado en falta algo que ella no le aportara; excitación, pasión, confidencias, risas, emoción,,,, Vero era una persona íntima de puertas afuera, algo callada, probablemente la consideraran introvertida, pero en pareja era divertida, generosa, participativa y carnal,,,, muy carnal.

Al llegar a casa todo estaba en silencio, subió las escaleras desabrochándose la camisa como hacía a diario cuando se percató que un único ruido invadía la casa, ella estaba en la ducha y allí iría con ella.

A través del cristal de la mampara la contempló mientras se desnudaba.

Era hermosa, con el pelo rubio, largo y con la piel tan tersa que su solo contacto suponía uno de los mayores placeres que el sentido del tacto podría disfrutar. El agua descendía plácidamente por sus largas piernas mientras los restos de jabón acumulados en su cuerpo daban una imagen de suavidad que sus manos no conseguirían evitar acariciar.

Cuando se metió en la ducha a su lado y la dijo "buenas tardes mi amor", ella se sobresaltó. Pero no dijo nada, le agarró por la cintura aproximándolo a ella mientras cerraba la mampara detrás de él y acto seguido le besó. El beso fue húmedo y cálido, tanto como el agua que caía encima de ellos y se desprendía por sus cuerpos.

Después de llevar todo el día pensando en el mensaje, tenía tantas ganas de sexo que se sorprendió arrodillado ante ella más rápido de lo que había pretendido, notaba como le deslizaba el agua por la cara mientras recorría con los labios su hermoso cuerpo. Absorbíalas gotas de agua que encontraba en su camino cuando se percató de que el agua ya no era el líquido más caliente y húmedo que había en esa ducha de verano.

Con la boca jugueteando entre sus piernas y los dedos hundiéndose dentro de ella, notaba como Vero comenzó a realizar pequeños movimientos oscilantes... movía su pelvis delante y detrás apretándola contra sus dedos y su boca. Al mismo tiempo, la veía acariciarse los pechos y pellizcarse sus ya muy duros pezones, se deleitaba viéndola disfrutar de su propio cuerpo, no había nada que le pudiera excitar más.

Incorporándose y mientras no paraba de besarla cerró el grifo de la ducha y la dirigió hasta la habitación, poco a poco, paso a paso, sin dejar que sus labios se separaran, sin dejar que sus cuerpos se alejaran. Estaban tan pegados el uno del otro que no se sabía donde terminaba el cuerpo de uno para comenzar el del otro. No era el sexo lo que les provocaba placer sino el deseo por el amante.

De camino al dormitorio antes de meterse en la ducha, había preparado una cubitera con hielo, cuando la tumbó boca arriba y sin que ella se lo esperara le deslizó un hielo suavemente por el pecho, arrancando un pequeño gemido en el silencio de la noche. Después fueron sus labios los que recorrieron el mismo camino humedeciéndose con el agua acumulada en su pequeño ombligo.

En un pequeño descuido y entre gemidos ella tomó el control, dejándole tumbado en la cama y subiéndose encima de él. Una vez más demostraba que no era presa fácil, que a ella también le gustaba jugar y que no estaba dispuesta a ser una simple observadora del guion que él había preparado. Colocada encima suyo se comprometió a hacerle gemir, sabía que él no aguantaba mucho cuando no era quien controlaba la situación, eso la empoderaba y le encantaba!!

Diego no podía dejar de observarla mientras su cuerpo se deslizaba encima de él. No podía dejar de observar el brillo de su cara entre la larga maraña de pelo rubio. Se incorporó y apretándola fuerte contra su cuerpo la mordió y la besó. Fue una consecución de besos húmedos y mordiscos fogosos que le transporto a un mundo de gozo y de pasión.

Cuanto más rápido se movía ella, más gozaba junto con él, sabía que el orgasmo estaba cerca, y aun sentada sobre su cuerpo apoyó su peso en los antebrazos, dejando el clítoris mucho más accesible a las manos de diego, las cuales hasta esos momentos estaban inmersas en una lucha fratricida contra los labios y la lengua de su propio cuerpo. Peleando por gozar del sabor de los pechos y la textura de los pezones de Vero.

Cuando le agarró una de sus manos y junto con sus propios dedos comenzó a masturbarse, aceleró el movimiento de su cuerpo hasta notar una explosión de calor como pocas veces había notado. Como siempre, habían conseguido sincronizarse, habían conseguido terminar al mismo tiempo y le encantaba la sensación de llegar al orgasmo mientras notaba el calor que se trasmitía del cuerpo de Diego al suyo.

Mientras se acercaba a su boca para besarle se dejó caer a su lado en la cama, húmedos, sudados, sonrientes, dificultaban la agitada respiración y la urgencia de aire que le pedían sus pulmones al no dejar de besarse entre cada exhalación de aire. Y tras unos instantes mirándole a los ojos con esa sonrisa de quinceañera que tantas veces él le había visto poner le dijo entre risas, -¿Volvemos a empezar?.

FIN